¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devocion! En vez de ese profundo respeto,

LXIX.

MEDITACION

SOBRE LAS FUNESTAS CONSECUENCIAS DEL ESCANDALO DE LOS ECLESIASTICOS.

Adoremos á Jesucristo que, por boca de su Apóstol, nos advierte que tengamos mucho cuidado de no escandalizar á nadie, para no comprometer el honor debido á nuestro sublime ministerio: *Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum.* [1] Meditemos esta divina leccion y consideremos: primero, que el desprecio de los ministros sagrados; segundo, que la perdicion de un gran número de almas, son los principales efectos del escándalo de los eclesiásticos.

1. Es cierto, y la esperiencia nos enseña todos los dias, que nada envilece tanto al sacerdocio como la conducta escandalosa de los ministros del santuario. Un eclesiástico virtuoso inspira siempre respeto á los que lo tratan; pero pierde toda consideracion desde el momento en que olvida sus deberes. Los sagrados oráculos confirman

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con

esta verdad: *Scandalizastis plurimos in lege.... propter quòd et ego dedi vos contemptibiles et humiles omnibus populis.* [2] La vida santa y edificante de los eclesiásticos es un oro puro, de un brillo deslumbrador, dice San Gregorio, pero pierde toda su hermosura y se hace asquerosa y repugnante luego que se ha manchado con acciones indignas del estado mas augusto. El hábito clerical, tan respetable por los misterios que representa, no es ya á los ojos de los mundanos, sino un objeto de ignominia y de oprobio, por la conducta abyecta y vil de los que lo llevan. *Aurum obscuratum est, quia sacerdotum vita, quondam per gloriam virtutum clara, nunc per actiones infimas ostenditur reproba; color optimus est mutatus, quia ille sanctitatis habitus per terrena et abjecta opera ad ignominiam despectionis venit.* [3] Ved á ese jóven eclesiástico en medio del mundo. Mientras conserva el espíritu y las virtudes de su estado, disfruta de la estimacion y de la confianza general; todos hacen su elogio, se felicitan de tenerlo por guía y por pastor. Pero ¿tiene la desgracia de olvidar la santidad de su carácter? ¿Es ligero, disipado y mundano, da motivo para sospechar de su moralidad? Pues ved ya perdida su reputacion; las alabanzas se convierten en críticas, la confianza en odio y en chanzas malignas; el amor y la adhesion en aversion y desprecio; y lo peor es que sus desórdenes comprometen á todo el cuerpo de pastores, que se resienten siempre del escándalo de uno solo de sus miembros. ¡Ah! No me asombro yo ¡Iglesia santa! de veros cubierta de duelo y sumergida en la afliccion al saber los desórde-

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimien-
tos de devocion! En vez de ese profundo respeto,

nes de vuestros ministros. Ellos despedazan vue
tro seno maternal y abren una grande herida e
vuestro corazon. No permitais ¡oh Dios mio! qu
yo cause alguna vez un pesar tan profundo á es
tierna madre; inspiradme un vivo horror al esca
dalo que degrada y envilece el sagrado minister
de vuestros altares. *Propheta laqueus ruinæ fa
tus est super omnes vias ejus, insania in domo D
ejus.* [4]

2. Consideremos que el escándalo de los ecl
siásticos es tambien causa de la perdicion de mu
chas almas. Si el sacerdote, dice el Señor, olvid
la santidad de su carácter y llega á prevaricar,
arrastrará en sus estravíos al pueblo: *Si sacerdo
qui unctus est, peccaverit, delinquere faciens p
pulum.* [5] Oid esto, ministros del Señor, esclama
profeta Oseas: *Audite hoc sacerdotes.* [6] En lug
de trabajar por la salvacion de vuestros herm
nos, sois para ellos piedra de tropiezo, sois com
una red tendida para sorprenderlos y precipitarl
en los abismos: *Quoniam laqueus facti estis sp
culationi, et rete expansum super Thabor, et vic
mas declinastis in profundum.* [7] San Gregorio, ju
tamente espantado por los horribles estragos qu
causan en la Iglesia los escándalos de los clérigo
procura comunicarles los sentimientos de dol
que lo animan. Sabed, les dice, que vosotros me
receis el infierno tantas veces cuantas escandal
zais las almas que os están confiadas: *Scire s
cerdotes debent, quod perversa unquam perpetra
tot mortibus digni sunt quot ad subditos suos pe
ditionis exempla transmittunt.* [8] La vida desarr
glada de los clérigos, dice San Bernardo, tien

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con

funestísimas consecuencias para la religion; los fieles que son testigos de ella no tienen ya horror al vicio, desprecian los sacramentos, no temen ya el infierno y les son indiferentes los bienes eternos. [9] ¡Oh! ¡qué terrible es la posicion de un eclesiástico! Cuando un seglar peca, solo causa daño á sí mismo, ordinariamente; pero cuando un sacerdote, un levita se hace reo de algunas culpas, mata á la vez su alma y las de sus hermanos; su pecado es como un puñal que hunde en su propio corazon y en los de los fieles. Su conducta tiene una influencia tal sobre el público, que no puede infringir los preceptos divinos, sin forzar, por decirlo así, á los otros á que lo imiten; tal es el pensamiento de San Agustin: *Quid me loqueris? ipsi clerici non illud faciunt? et me cogis, ut non faciam?* [10]

Tomemos, pues, la resolucion: primero, de arreglar de tal modo toda nuestra conducta, velar con tanto cuidado sobre todas nuestras acciones, que jamas seamos motivo de escándalo á nadie; segundo, de reparar nuestros escándalos pasados, redoblando nuestra regularidad y nuestro fervor. [11] [12]

1 II. Cor. VI, 3.
2 Malach. II, 8-9.
3 Homil. 17, in Evang.
4 Oseæ. IX, 8.
5 Levit. IV, 3.
6 Oseæ. V, 1.
7 Ibid. V, 2.
8 Pastor. p. 3, adm. 5.
9 Plurimi considerantes clerici sceleratam vitam vitia non evitant, sacramenta despiciunt, non horrent inferos, cœlestia minimè concupiscunt. De 12, poen. imped., serm. 19.

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devocion! En vez de ese profundo respeto,

10 Serm. 99.

11 Grex perditus factus est populus meus, pastores eorum seduxerunt eos. Jerem. L, 6.

12 Nullum majus præjudicium tolerat Deus, quam à sacerdotibus quos cum posuit ad aliorum salutem cernit dare exempla pravitatis. S. Greg. homil. 17, in Luc. 10.

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con

LXX.

MEDITACION

SOBRE LA OBEDIENCIA AL PROPIO OBISPO.

Adoremos á Dios Padre, que impuso á todos sus ministros la mas estrecha obligacion de escuchar con una respetuosa y perfecta docilidad, las lecciones de su divino Hijo, soberano Sacerdote y Obispo de nuestras almas: *Hic est Filius meus dilectus, ipsum audite.* [1] Sometámonos con gusto á las órdenes de este divino Redentor; pero al mismo tiempo reconozcamos la obediencia que debemos á nuestro propio obispo, su mas fiel representante sobre la tierra. Consideremos: primero, que una de las virtudes mas esenciales á un eclesiástico es la obediencia á su obispo; segundo, cuán pocos cumplen fielmente este deber.

1. A los sacerdotes, no menos que á los otros fieles, dirige San Pablo estas palabras, que deberiamos tener constantemente presentes: *Obedite præpositis vestris, et subjacete eis;* [2] porque, agrega el Apóstol: *Ipsi enim pervigilant, quasi rationem*

¡Ah! ¡qué raros son en los ministros los sentimientos de devocion! En vez de ese profundo respeto,

pro animabus vestris reddituri. Es carga muy grande para los obispos haber de dar cuenta á Dios de las ovejas y de los pastores; pero nosotros aligeraremos mucho su peso, y ya no gimiendo, sino con gozo la llevarán, si encuentran en nosotros una perfecta docilidad: *Ut cum gaudio hoc faciant et non gementes.* San Gerónimo, en las escelentes instrucciones que dirige á Nepociano, le dice: Sé siempre sumiso á tu obispo; respeta su voluntad; míralo no como un amo duro y severo, sino como un amigo y el padre de tu alma. [3] Debemos estar convencidos de que nuestro obispo no busca sino nuestro bien en todo lo que nos manda. Las advertencias que nos hace, los preceptos que nos impone, las amonestaciones caritativas que nos dirige, no tienen otro objeto mas que nuestra santificacion. Guardémonos, dice Pedro Blesense, de resistir su voluntad; el desprecio que hiciéramos de sus ordenanzas, nos haria muy culpables delante de Dios: *Sanè in omnibus quæ à prælato juventur, generaliter damnabilis est contemptus.* [4] Para animarnos á obedecer siempre con alegría á nuestro obispo, mirémosle siempre como á representante de Dios sobre la tierra; tengamos siempre presente que obedeciéndole ejecutamos la voluntad del mismo Dios, y que resistiéndole, resistimos al mismo Dios que nos lo ha dado por maestro y por guía: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit me spernit.* [5] Un eclesiástico, dócil y sumiso á su obispo, honra y venera todo lo que de él viene; está lleno de miramientos y estimacion por sus estatutos ó decretos; toma generosamente á su cargo el defenderlos cuando se necesita; evita todo lo que pudie-

ra causarle aun la mas ligera pena; acepta con prontitud todas las reglas de conducta que ha establecido para la regularidad y la disciplina del clero de su diócesis, y es el primero en elogiarlas y practicarlas. Tiene siempre á su vista el ejemplo de Jesus, su divino Maestro, que, en su vida privada, fué obediente á María y á José, y que, en la obra de nuestra redencion, no teniendo en calidad de Pontífice soberano, otro superior que á su Padre, le ha estado perfectamente sujeto, prefiriendo perder la vida misma, mas bien que faltar á la obediencia. ¡Qué escelente modelo! ¿Quién de nosotros rehusará seguir este ejemplo que ha dejado á todos los ministros del santuario? [6 7]

2. Consideremos que no obstante la estrecha obligacion que tienen todos los eclesiásticos de obedecer á su obispo, hay, sin embargo, muy pocos que cumplan fielmente este deber. En vano han hecho á los piés de los altares, delante del cielo y de la tierra, y en la accion mas memorable de su vida, la promesa mas solemne de serle perfectamente sumisos: *Promitto.* A juzgar por su conducta, ¿no se diria que no han contraido compromiso alguno? ¿Dónde están, en efecto, esos que defieren, como deben, á las órdenes de aquel que los ha elevado al santo ministerio por la uncion mas sagrada? ¿Están ellos favorablemente dispuestos á aceptar y cumplir el empleo que les quiere confiar? Se encuentran muchos que digan á su obispo, como San Pablo decia al supremo Pastor: "Señor, ¿qué quereis que haga, estoy dispuesto á todo: *Domine quid me vis facere?*" [8] ¡Oh! ¡qué pocos hay de este carácter! esclama San Ber-

nardo. Por el contrario, la mayor parte de ell imitan al ciego del Evangelio, á quien fué preci que Jesucristo le preguntase, "¿qué queria que l ciera por él: *Quid vis ut faciam tibi?*" [9] "Sí, dic el santo, la debilidad, y aun, si me atrevo á decirl la infeliz disposicion de los ministros de este sig perverso, obligan á los superiores eclesiásticos humillarse hasta preguntar á sus inferiores lo qu quieren se haga con ellos para complacerlos, y qué empleos quieren que se les destine." [10] Ex minemos si tenemos motivo para hacernos sem jante reproche. ¿Conservamos siempre en nuest corazon la disposicion sincera de hacer todo lo qu de nosotros exija nuestro obispo; de aceptar l puestos que nos ofreciere, por penosos que no parezcan; de prevenir sus deseos adelantándonos todo lo que puede complacerlo, procurando de est modo, por nuestro respeto, nuestras buenas man ras, nuestra docilidad y nuestra adhesion, endulza sus honrosas y penosas funciones? Portándon así, dice San Ignacio mártir, hacemos un gran acto de virtud; imitamos á Jesucristo que se mo tró siempre dócil á las órdenes de su Padre; pe teniendo una conducta contraria, esponemos m cho nuestra salvacion: *Episcopum sequimini, sic Jesus Christus Patrem, terribile est tali contrad cere.* [11]

¡Oh Jesus, Salvador mio! Yo he prometido e las manos de vuestro representante sobre la tierra ejecutar fielmente sus voluntades; pero mi flaque za me espone diariamente á traicionar mis com promisos, si vos no os dignais sostenerme co vuestra gracia. Venid, pues, á mi socorro, y fo

tificadme contra mi desgraciada inconstancia. ¿Podré yo negarme á obedecer á aquel que me habeis dado por maestro y por guía, cuando veo que vos mismo, á la voz del sacerdote, venís todos los dias sobre nuestros altares? Que este ejemplo me mueva, me anime á renunciar mi propio parecer, para seguir en todo la voluntad de mi superior. [12] [13]

1 II. Petr. I, 17.
2 Hebr. XIII, 17.
3 Esto subjectus pontifici tuo, et quasi animæ parentem suscipe. Ep. 2, ad Nepot.
4 Ep. 131, ad E. Priorem.
5 Luc. X, 16.
6 Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam. Hebr. X, 9.
7 Dedit vitam ne perderet obedientiam. S. Bern. declam. ad milites templi.
8 Act. IX, 6.
9 Luc. XVIII, 41.
10 Heu! plures habemus magis evangelici illus cæci, quam novi apostoli imitatores..... sic profecto, sic multorum usque hodie pusillanimitas et perversitas exigit, ut ab eis quæri oporteat, quid vis ut faciam tibi? non ipsi quærant, Domine quid me vis facere. S. Bernard. Serm. 1, in convers. Pauli.
11 Ep. ad Smyrn.
12 Omnia quæcumque dixerint vobis, servate et facite. Mat. XXIII, 3.
13 Perfecta obedientia legem nescit, terminis non arctatur; ad omne opus injungitur spontaneo vigore liberalis alacrisque animi, modum non considerans in infinitam libertatem extenditur. S. Bernard., de præcep., c. 6.

LXXI.

MEDITACION

SOBRE EL ESPIRITU DE DESINTERES NECESARIO A LOS ECLESIASTICOS.

Adoremos á Jesucristo, que quiso nacer, vivir y morir pobre, para enseñar á sus discípulos el desprecio de los bienes de este mundo: ve con pena esa inquietud, esa solicitud que tenemos por el alimento y el vestido: desea que pongamos toda nuestra confianza en su divina Providencia; nos promete con una admirable ternura velar sobre nuestras necesidades. [1] Consideremos: primero, cuán necesario nos es el espíritu de desinteres; segundo, cuán raro es entre los eclesiásticos.

1. Nuestro ministerio es un ministerio enteramente divino; no somos en la tierra sino dispensadores de los bienes futuros; los tesoros, cuyas llaves nos están confiadas para abrirlos ó cerrarlos, son los bienes celestiales: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei.* [2] Las riquezas que Dios derrama sobre los

pueblos, sirviéndose de nosotros, como de un canal, son gracias de salud eterna. El Evangelio que anunciamos, hiere con anatema á los esclavos de los bienes terrenos: *Væ vobis divitibus!* [3] No coloca en el número de los bienaventurados sino á los pobres de espíritu: *Beati pauperes spiritu.* [4] ¡Qué desórden, pues, en la Iglesia, cuando los dispensadores de los bienes eternos tienen la desgracia de apegarse á los falsos bienes de este mundo! Si en vez de predicar el desprecio de ellos, como les obliga su estado, parecieren no tener sino deseos, solicitudes, anhelo por acumular esos bienes, no vivir sino para atesorar, ¿no manifestarian claramente por esta conducta indigna, que no merecen tener lugar entre los discípulos de un Dios pobre, que no tenia donde reclinar la cabeza? Por eso se oye á este gran predicador de la palabra evangélica publicar, delante del cielo y de la tierra, que todo el que no renuncia de corazon cuanto posee, no puede ser su ministro y ni aun discípulo: *Omnis qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.* [5] Los primeros apóstoles habian comprendido perfectamente este oráculo sagrado; y por eso, adhiriéndose á su divino Maestro, hicieron generosamente sacrificio de todo cuanto poseían. [6] Mediante este noble desprendimiento, esos predicadores del Evangelio, cuyo lugar ocupamos, han convertido el universo y han destruido en el corazon pagano la avaricia, que era el grande ídolo del mundo. No son, pues, los soberbios equipajes, los muebles preciosos, una mesa magnífica, ricas posesiones, con lo que podemos esperar regenerar una parroquia; pero sí

1. Al consagrar la Iglesia sus ministros al ser-

será el espíritu de sencillez, de pobreza y de desinteres con lo que haremos que nuestro ministerio sea respetado, útil y fructuoso. Los fieles tienen una veneracion particular al pastor que jamas habla de sus propios intereses, que no tiene otra ambicion que conquistar almas para Dios. Sus predicaciones son escuchadas con atencion, recibidas con placer; fácilmente gana los corazones. ¡Qué poderosos motivos para obligarnos á seguir este ejemplo! [7]

2. Consideremos cuán raro es entre los eclesiásticos ese espíritu de desinteres. No sin exhalar profundos suspiros recuerda uno esta maldicion del Señor al sacerdocio: *A minore usque ad majorem, omnes avaritiæ student, et à propheta usque ad sacerdotem cuncti faciunt dolum.* [8] No es, pues, del todo injusta esa preocupacion universal de los pueblos, que miran á los sacerdotes como esclavos de un vil interes. ¿No se les ve en efecto, con pocas escepciones, infectos de esa lepra vergonzosa y degradante? ¿No son mas exigentes y severos al cobrar sus derechos que las personas del mundo? Es verdad que los seglares exageran con frecuencia en las acusaciones que hacen al clero sobre esta materia, para justificarse ellos del mismo crímen que les reprochamos; pero al fin, ¿por qué no reconocer francamente nuestras debilidades? ¿No es verdad que muchos sacerdotes, temiendo necesidades imaginarias en una edad mas avanzada, se valen de precauciones que se acercan mucho á la avaricia? Nunca, pues, seremos demasiado cautelosos contra nosotros mismos y contra esas pretendidas necesidades que la codi-

cia abulta; contra esa ilusion de tal modo sutil y peligrosa en esta materia, que la virtud mas sólida frecuentemente se deja sorprender. Para curarnos de una vez de todo apego á los bienes de la tierra, recordemos con frecuencia y meditemos estas terribles palabras de San Bernardo: *Intestina et insanabilis est plaga Ecclesiæ: pax est, et non est pax. Pax á paganis, pax ab hæreticis, sed non profecto à aliis.... spreverunt et invaluerunt à turpi vita, à turpi quæstu, à turpi commercio, à negotio perambulante in tenebris.* [9] No demos á la Iglesia, nuestra madre, semejante motivo de duelo y de pesar; procuremos por el contrario consolarla, desprendiendo nuestro corazon de los bienes perecederos de este mundo; dejemos á las personas del mundo buscar en el oro una felicidad efímera; por lo que mira á nosotros, destinados á goces mas reales y mas sólidos, pongamos toda nuestra felicidad en consagrar nuestros afanes al consuelo de los desgraciados. Los dignos ministros del Señor creen suficientemente recompensadas sus penas y fatigas, cuando han ganado algunas almas, pues no pierden de vista que una sola vale mas que todos los tesoros del mundo. Cuando el Padre celestial nos vea únicamente ocupados en conquistarle almas, tendrá buen cuidado de proveer á todas nuestras necesidades. [10] [11] [12]

1 Ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Matth. VI, 25.
2 I. Cor. IV, 1.
3 Luc. VI, 24.
4 Matth. V, 3.
5 Luc. XIV, 33.

evangélico.

1. Al consagrar la Iglesia sus ministros al ser-

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Mat XIX, 27.

7 Non seculi vos mercatores, non Mammonæ ministri es sed Christi mercatores. Nolite thesaurizare vobis thesauros terra, sed bonorum operum abundantia cum charitate conju ta, facite thesauros in cœlis. Studete vos lucrari animas D et cœleste horreum augere. Concil. Mediol. V, part. 3 D nition.

8 Jerem. VI, 13.

9 Serm. ad cler. in concil. Remens.

10 Quærite primum regnum Dei, et justitiam ejus; et h omnia adjicientur vobis. Matth. VI. 33.

11 Clericus qui captus est amore pecuniæ, nequaquam neus est ad ministranda verba doctrinæ. S. Petr. Dam. op 24, c. 6.

12 Qui non dat pro ovibus substantiam suam, ¿quando pro daturus est animam suam? S. Greg. hom. 14, in Evang,

midos, y en el esceso de su dolor, esclama: "Los

LXXII.

MEDITACION

SOBRE LOS TRISTES EFECTOS DE LA AVARICIA DE LOS ECLESIASTICOS.

Adoremos á Jesucristo, invitando á sus apóstoles á despreciar las riquezas y los tesoros de la tierra. Dad gratuitamente, les dice, lo que gratuitamente habeis recibido: *Gratis accepistis, gratis date.*[1] No entréis en desordenada solicitud por tener oro, plata ú otra moneda en vuestro bolsillo: *Nolite possidere aurum neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris.*[2] Recibamos con respeto esta divina instruccion; reconozcamos la sabiduría de ella y rindamos nuestros deberes de amor y gratitud al que se dignó dárnosla. Consideremos que si queremos concebir un vivo horror al vicio abominable de la avaricia, debemos recordar: primero, que degrada el ministerio eclesiástico; segundo, que paraliza todos los frutos del celo evangélico.

1. Al consagrar la Iglesia sus ministros al ser-

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Matth. XIX, 27.

vicio de los altares, ha exigido que renunciasen al mundo y á sus falsos bienes, que tomasen al Señor por su única herencia: *Dominus pars hæreditatis meæ.* [3] ¿Quién podrá, pues, dejar de gemir á vista de ciertos eclesiásticos que olvidando el *espíritu* de pobreza, tan esencial á su estado, están enteramente ocupados en el vergonzoso cuidado de amontonar bienes; que duros para sí mismos, é insensibles á los lamentos de los desgraciados, procuran siempre atesorar y nunca creen tener bastante, que parecen no estar revestidos de un carácter sagrado sino para hacerlo servir á esta vil pasion? ¡Llaga profunda, y por desgracia muy comun en el clero! ¡Vicio repugnante que mancha la santidad y destruye el buen olor del ministerio del santuario! San Bernardo, hablando de esta pasion degradante, de que los eclesiásticos no saben preservarse, esclama, con los sentimientos del mas profundo dolor: *Væ, væ, in domo Dei horrendum videmus! Qui idolólatras ministrantes mentior, si non idolorum servitus avaritia est?* [4] No es este padre el único que deplora este desórden vergonzoso, los fieles que son testigos de él, lo lloran igualmente; ven con amargura suya que su pastor abandona sus santas funciones para no ocuparse sino del tráfico, del comercio y de otros medios de enriquecerse. Quisieran conservarle el respeto debido á su carácter y no lo pueden ya; desearian encontrar en él un padre y un apoyo en sus necesidades, y no encuentran sino un señor duro é insensible. Desde entonces no le tienen ya confianza ni estimacion; por el contrario, se le evita, se le huye; viene á ser un objeto de odio y de execra-

midos, y en el esceso de su dolor, esclama: "Los

cion; no se escuchan ya sus instrucciones sino para criticarlas, ni se habla de él sino para hacerlo objeto de chanzas pesadas. En vano mostrará un celo aparente, todos dirán que el objeto y móvil de su celo es el interes, la ambicion y el deseo de aumentar su tesoro. ¡Oh Dios mio! ¡qué ceguedad! ¡puede comprenderse? ¡Qué! ¡Un sacerdote, por un vil metal, se decide á sacrificar su honor, su reputacion, la dignidad de su sacerdocio; á ser objeto de oprobio y la risa de todo un público! ¿Hay pasion mas insensata? Para comprometernos á huir un vicio que nos envilece y degrada ante los pueblos y que el Señor ve con horror en sus ministros, meditemos frecuentemente este pasaje de San Agustin: *Cavete, inquit Christus, ab omni avaritiâ; præcipit nobis veritas quæ non fallitur; audiamus, timeamus, caveamus.... non enim leviter habendum, quando Dominus noster; redemptor noster.... advocatus et judex noster, non est leve quando dicit cavete. Novit ille quantum mali sit, nos non novimus, illi credam, cavete.* [5]

2. Consideremos tambien que la avaricia de los clérigos destruye el fruto del celo evangélico. "Nada mas desastroso, dice San Ambrosio, nada mas nocivo á la religion que el deseo de adquirir bienes de la tierra; porque la pasion de enriquecerse no causa solamente la ruina espiritual de los clérigos, sino tambien lleva la muerte á las almas de los fieles que escandaliza." [6] "Un sacerdote avaro, dice San Gregorio, no tiene solicitud ninguna por el rebaño que le está confiado; sin pesar ve perecer almas rescatadas por la sangre de un Dios; llega aun á alegrarse de esto si de este mo-

6 Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Matth. XIX, 27.

do encuentra sus ventajas temporales." [7] "Es un lobo cruel, añade el mismo padre, que dispersa las ovejas y destroza todo el rebaño; ningun celo muestra para preservar á sus ovejas del diente mortal de su enemigo; no tiene ya para ellas entrañas de padre, ni las ama, ni ocupan su corazon sus intereses espirituales, todos sus afectos se concentran en la tierra, en el dinero." [8] "Se ve, dice San Bernardo, al sacerdote avaro todo ocupado en vaciar los bolsillos de los fieles, pero no se ve que se empeñe en estirpar de sus corazones los vicios que los degradan." [9] "Muéstrase, dice Pedro Blesense, afanado en recoger la lana de sus ovejas, pero no en procurar su salvacion." [10] Volvamos ahora sobre nosotros mismos; examinemos si tenemos algo de que reprendernos con relacion al espíritu de interes. ¿Está nuestro corazon sinceramente desprendido de los bienes de este mundo? ¿No sentimos una inclinacion secreta de hacer algunas economías que se resienten de avaricia y de atesorar algunos fondos para el porvenir? ¿No exigimos los derechos con escesivo rigor? ¿Damos limosna conforme á nuestras facultades? ¿Hacemos algunos sacrificios por la Iglesia, por la limpieza y decencia de los ornamentos? ¡Feliz el sacerdote que consagra sus pequeños ahorros á obras buenas! Él está seguro de encontrarlo de nuevo todo en el cielo. El Señor le prometé retribuirle con el céntuplo.

Para evitar toda ilusion sobre este punto, tomemos la resolucion: primero, de confiar á un amigo prudente nuestros negocios y nuestros pequeños ahorros, de pedirle sus consejos y seguirlos con

midos, y en el esceso de su dolor, esclama: "Los

exactitud; segundo, de hacer sin dilacion nuestro testamento para asegurar á los establecimientos de caridad los ahorros que pudieran caer en manos de nuestros parientes con grande escándalo de los fieles. [11]

1 Matth. X, 8.
2 Ibid. V, 9.
3 Psalm. XV, 5.
4 Declamat. c. 5.
5 Serm. 196 de temp.
6 Nihil tam asperum, tam perniciosum est, quam si ecclesiasticus.... divitiis hujus sæculi studeat quia non solum sibi ipsi sed cæteris obest. In cap. 6, ad Tim.
7 Mercenarius curam sollicitudinis non habet, animæ pereunt, et ipse de terrenis commodis lætatur. Hom. 14, in Evang.
8 Lupus rapit, dispergit oves..... gregem dissipat..... sed contrà hæc mercenarius nullo zelo accenditur, nullo fervore dilectionis excitatur; quia dum sola exteriora commoda requirit, interiora gregis damna negligenter patitur. Ibid.
9 Plus invigilat subditorum evacuandis marsupiis, quam vitiis extirpandis. Serm. ad cler. in concil. Remensò.
10 De lanâ ovium, et non de salute solliciti. Serm. 57.
11 Oportet sacerdotes Domini, ut ab impetu avaritiæ et cupiditatis se cohibentes, sibi subjectis in omnibus virtutum imitabiles exhibeant, quibus pro omnibus divitiis salus Christus abundat. Concil. Paris. VI, l. 1, c. 13.